LA VANGUARDIA
BARCELONA

22/05/11

Prensa: Diaria
Tirada: 233.229 Ejemplares
Difusión: 200.370 Ejemplares

Página: 27

Sección: OPINIÓN Valor: 9.288,00 € Área (cm2): 396,4 Ocupación: 40,12 % Documento: 1/1 Cód: 47297521

Àngel Castiñeira y Josep M. Lozano

Una capilla como símbolo

El 2 de diciembre, *La Vanguardia* informaba de un conflicto en la Facultad de Economía de la UB por una capilla dedicada al culto católico. Ignoramos cómo ha seguido el conflicto, pero creemos que va más allá de lo anecdótico. Digamos, para empezar, que si la Iglesia católica dispone, como dice la noticia, de "un espacio exclusivo y privado" en la Universidad, resulta inconcebible que, en los tiempos que corren, no haya renunciado por iniciativa propia a dicha exclusividad. Es una paradoja que en muchos colegios religiosos las capillas se hayan reconvertido en salones de actos, salas polivalentes o, simplemente, desaparecido y, en cambio, en la universidad goce de un espacio exclusivo y privado. ¿Pero eso significa que deba desaparecer la capilla? No necesariamente. Es posible concebirla como un espacio abierto, de carácter ecuménico, aunque esto aquí todavía nos suene a chino o a sutilezas excesivas. Paseando por los campus de la universidades norteamericanas se pueden encontrar en un pasillo, sucesivamente, los distintos despachos de atención a los estudiantes según creencias religiosas, y los anuncios de los diversos cultos. Pero el problema no se reduce a esta cuestión. ¿Es posible una defensa laica de la capilla; es decir, justificar su existencia –más allá de cualquier tipo de exclusividades– en nombre de valores laicos?

Por decirlo a la manera de Ortega, este conflicto conecta directamente con la pregunta por la misión de la universidad. En la medida que se la considere –¡todavía!– un institución educativa, parece que la universidad debería ayudar a construir experiencias integradoras (que incluyan el qué –los conocimientos–, el cómo –las habilidades– y los porqués –valores y sentido–). Y articular la capacitación profesional y la difusión del conocimiento con el desarrollo de una cierta calidad humana y de la capacidad para la indagación y la exploración intelectual y vital. La pregunta que emerge hoy es si es posible cumplir con la misión educativa de la universidad sin ofrecer la posibilidad de aprender a saborear el silencio, y a convertir su sabor en fuente de saber y/o de sentido. Sin ofrecer espacios donde sea posible parar el flujo incesante que nos arrastra y conectar otra vez con nuestras más profundas aspiraciones o, al menos, explorarlas e ir a su encuentro. El silencio, hoy, ya es un lujo; pero también es un espacio donde germinan la libertad y la verdad.

Un participante de uno de nuestros programas, tras un sencillo ejercicio de introducción a la meditación, nos dijo: "Creo que es la primera vez en mi vida que estoy 15 minutos en silencio sin estar durmiendo". Pero si algo se constata trabajando a fondo con profesionales es que en la propia vida profesional surgen preguntas que van más allá de lo profesional, que conectan con registros vitales muy serios... y que la educación recibida no ha preparado para enfrentarse con ellos. No se trata de ofrecer respuestas prefabricadas, se trata de ofrecer métodos y prácticas que ayuden a vivir a fondo las preguntas que surgen y a adentrarse en ellas. Lo decía a su manera Viktor Frankl: la educación debería impulsar un proceso de descubrimiento del sentido. Pero la educación no está obligada a dar sentido. El sentido no puede ser dado porque el sentido hay que descubrirlo y no prescribirlo. No es de extrañar, pues, que en algunos centros de formación de alto nivel estén apareciendo, como objeto y sujeto del trabajo educativo, expresiones como autenticidad, presencia, conciencia, interioridad, indagación o immunidad al cambio. Se trata de un trabajo con adultos, para adultos... y que trata a las personas como adultos, claro está. Se trata de calibrar si también es misión de la universidad facilitar la conexión de las personas con sus más íntimas aspiraciones y con la vinculación a valores y compromisos que vayan más allá de sus intereses individuales inmediatos.

> El silencio, hoy, ya es un lujo; pero también es un espacio donde germinan la libertad y la verdad

La noticia dice que algunos estudiantes se quejan de que la capilla reduce los espacios de estudio. No cabe mejor metáfora del reto planteado. La universidad es, debe ser, sin duda un lugar para adentrarse en el conocimiento. ¿Pero sólo en el conocimiento estandarizado y formalizado? Marià Corbí ha recordado insistentemente que existe un conocer desde el silencio. Eduardo Chillida decía que estaba más preocupado por el conocer que por el conocimiento. Escuchemos a Chillida: "Hay una cierta manera de conocer –previa a lo que llamamos conocimiento– y desde la cual es posible sin saber como es una cosa conocerla. Esta manera de conocer es tan abierta que admite diversas formas. Este preconocimiento o aroma es mi guía en lo desconocido, en lo deseado, en lo necesario. Nunca discuto con él a priori y nunca dejo de hacerlo a posteriori". En cambio, habitualmente asistimos a la ruidosa confrontación entre quienes lo discuten siempre a priori y quienes rechazan discutirlo a posteriori. Una capilla en la universidad es un espacio simbólico –todos los espacios lo son– para quienes se sienten cómplices del anhelo de Chillida.●

À. CASTIÑEIRA y J.M. LOZANO, *profesores de Esade*